

Nuestra cotidianidad invisible

Por SONNIA REYES

La misión del MTC es llevar el Evangelio a los ambientes laborales y populares. Del primero pocas dudas tenemos, pero del segundo cabe preguntar si realmente conocemos esos ambientes.

Una verdad es que nuestra cotidianidad se hace muy trabajosa, lo cual nos encierra en un quehacer muy parecido cada día; en ocasiones, cuando cambiamos ese recorrido diario por alguna razón extraordinaria, quedamos asombrados y tomamos conciencia del tiempo que hacía que no pasábamos por por ese lugar y notamos los cambios ocurridos, para bien o para mal.

El testimonio dado por una hermana, cuyo actual trabajo en un bar cafetería la obliga a tener turnos en horarios diferentes del día, describe las características sociales que presenta la población que visita su centro laboral o de los simples transeúntes que mayoritariamente se encuentran en la calle a diferentes horas del día.

He aquí su testimonio.

Cuando entro a trabajar a las siete de la noche, las personas a quienes les damos servicio hasta las diez de la noche, aproximadamente, son de características que pudiéramos decir normales; me refiero a buena conducta social: se expresan bien, visten adecuadamente, vienen apuradas con portafolios o carpetas, muchos son matrimonios con sus hijos.

Los que permanecen en el portal, casi en la calle, vigilan afanosamente la alternativa de abordar algún transporte que lo acerque a su destino; pero ya a partir de las diez este tipo de persona empieza a escasear y se va saturando el ambiente de otras caras, otros gestos más fuertes, aumenta la venta de bebidas alcohólicas y empiezan a llegar

las prostitutas con una variada oferta de placer y vicio a diferentes tarifas, según deseos y posibilidades.

Este ambiente facilita, en ocasiones, algún que otro acto de violencia donde se deja ver que algunas de estas personas portan armas blancas, obtenidas a partir de la modificación de nobles instrumentos de trabajo; al final, la madrugada cierra con un espectáculo burlesco; a partir de las tres de la mañana y hasta algo pasado las cuatro arriban los homosexuales vestidos de mujer con sus parejas; llegan hambrientos, y saturan el lugar donde ya habían estado antes los guapos y las prostitutas.

Todos llevan su cruz, todos necesitan de la Palabra para sentir la carga más liviana; en ocasiones he logrado acercarme a alguna de las muchachas que venden su cuerpo – ellas saben que soy cristiana – y me confiesan su cansancio, su deseo de salir de todo aquello, pero sus fuerzas no les permiten liberarse.

Cuando se van acercando las cinco de la mañana, la calle comienza a poblarse nuevamente de personas apuradas (trabajadores y estudiantes), que buscan un poco de café.

Nunca los medios de difusión masiva muestran esa otra cara de nuestra cotidianidad que, para muchos, permanece invisible.

Las medidas de las instituciones oficiales para resolver estas conductas sociales son, en general, de carácter punitivo, pues sólo logran prohibir el hecho, mientras sus causas continúan asociadas a los individuos. Ellos necesitan nuestra mano, necesitan a Dios y su Palabra.